

La tercera opción

Teódulo López Meléndez



Reclamo de personalismo social

Reclamo a la sociedad venezolana un personalismo social y una relacionalidad en todos los ámbitos. La digresión permanente en que parecemos vivir se traduce en incoherencia. Es un requerimiento frente a una mediocridad que tiende a uniformar. Es urgente una reconsideración social del hombre venezolano que porte a la autoafirmación. Esto es, un planteamiento que lo haga hacerse protagonista de su propia historia y de la historia de los demás.

Para lograr un cambio de esta magnitud se ha recurrido a lo largo del tiempo a la Filosofía de la Historia, a una Teoría General de la Sociedad, a la noción de evolución social, al materialismo histórico y a un polémico concepto de desarrollo. Otros han clasificado las teorías sociales en lineales y cíclicas. Ahora mismo podemos asumir la del cambio acumulativo como aumento del conocimiento, es decir, la asunción de la complejidad hacia la igualdad socio-política.

Es menester hacer del hombre un espacio de apertura a lo ilimitado, lo que denominado “una interrogación ilimitada”. Para ello es necesario recurrir a un nuevo análisis del dinamismo social lo que conlleva a redefinir lo que es real y a meter en la cabeza de nuestros compatriotas que las realidades se construyen. Hay que reconstruir los motivos de la lucha en la cual estamos insertos.

Por ello he insistido tanto en el avance de una sociedad de la información hacia una sociedad de la comunicación porque esta última permite poner frente a frente dimensiones donde los grupos sociales se obligan recíprocamente a renunciar a un interés unilateral.

El hombre venezolano sigue marcado por su “realidad personal” con convicciones pasadas aún sin comprender las formas emergentes. La existencia de otros como él aún le sigue pareciendo un ensamblado extraño y el desconocimiento de su poder le lleva a caer en el *divertimento* de un luego político a todas luces absurdo. Ahora deberá sumarse a la novedad de una pluralidad emergente con un sistema de redes que se moverán horizontal y verticalmente, uno donde se hará, por fuerza, ciudadano y en el cual deberá ejercer una democracia en proceso de invención. Ya no habrá mundos autárquicos como los que describe Fossaert, volcados hacia adentro, apenas transformados por un leve influjo gatopardiano.

Recuerdo a Lacan y su concepto de “yocracia” pues la psicología colectiva es determinante en el avatar social. Los venezolanos navegan en un océano de contradicciones de baja ralea. Apelemos a que el viento esparcirá el apelo. A quienes aleguen que el viento simplemente se lo llevará podríamos responder que el viento porta y deja caer en los sitios más impensados. Requerimos un personalismo social como exorcismo a este campamento minero.

Lectura no lineal de un país complejo

La situación venezolana no admite lecturas lineales o simplistas. Vivimos una hipercomplejidad que hay que analizar recurriendo a “pensamiento complejo” y/o a “pensamiento lateral”. Esto de Venezuela es lo que podríamos denominar un “conjunto borroso”, uno donde habría que hacer un abordaje analítico con conceptos como caos y fractales. La razón lógica siempre conduce a los mismos resultados y en nuestro caso esa parece ser la consabida frase de “no hay salida”. Es necesario plantearle al país que existe una “virtualidad real” en la cual cambia el concepto de poder y las experiencias engendran nuevas realidades.

Hemos perdido la capacidad de multiplicar los enfoques y actuamos desde una mirada tradicional que preside a los dirigentes como el cuento de la zanahoria delante. La zanahoria la porta el régimen y el burro sigue mansamente detrás. Hay que recurrir a una dinámica no lineal, a la invocación de análisis capaz de partir de una dinámica caótica, hay que fomentar un sistema organizativo autógeno. No estamos ante una sucesión lineal de causas y efectos. Desde este punto de vista podríamos reproducir el viejo cuento del vaso medio lleno o medio vacío para asegurarle a los venezolanos que esto no es un desorden sino la génesis de un nuevo orden.

Por supuesto que las variaciones diarias disparan desde ese “humor”, que ahora se hace pesante, de nuestros compatriotas frente a la realidad que ven como inmodificable, hasta el reclamo de organización que nadie o pocos procuran sin darse cuenta que la realidad agobiante es la mejor posibilidad de conseguirla.

El gobierno ha sido incapaz de imponer su “nueva cultura” al tiempo que la sociedad admite que la vieja estaba imbricada con el error y la omisión y originada en un comportamiento de desinterés culpable. Ambos elementos modifican conductas, si bien lo hacen hacia una indefinición de queja vana. Hay que agregar la mediocridad de los actores que diariamente nos repiten una cantidad inasimilable de sandeces con la ayuda del monopolio de opinión que le suministran los dueños de los medios sobrevivientes.

Si el gobierno recula frente a Caracas y suspende, por variadas razones, el racionamiento eléctrico la provincia protesta que allí no son menos y aparecen los “dirigentes”, en una letanía insoportable, a reclamar que todos somos iguales, es decir, que si el interior tiene cortes en Caracas también los deberíamos tener o, en el mejor de los casos, que nadie debe padecerlos, olvidando que tenemos un grave problema multicausado que de una u otra manera debemos enfrentar. La provincia no se plantea que ahora le tocó el liderazgo, que es la hora de su voz, sino que mira con aprehensión a la capital. Los “dirigentes” no piensan sino en posturas demagógicas. Queda así demostrado que en el interior se creen lejanos, sin poder protagónico, en lugar de asumir una constante de nuestra historia, la venida de la provincia a ejercer el poder desde Caracas. Este problema puntual nos revela una mirada en línea recta, en lugar de una mirada lateral que porta a conclusiones muy diferentes. Si la provincia quedó sufriendo los cortes, es a la provincia que le toca la respuesta, sería la conclusión obvia de un pensamiento sin gríngolas. En

Caracas está el Poder, en consecuencia es Caracas la que debe responder, piensan, olvidando así que en esta hipercomplejidad el poder no es el mismo de antes, que el poder en el caos se ejerce donde el poder se manifieste y que el ejemplo de su ejercicio sería inmediatamente seguido por una población perpleja.

He dicho muchas veces que la mejor inteligencia venezolana está en la provincia, pero esa inteligencia sigue sin asumir protagonismo. Antes he analizado las posibles causas, pero ahora me parece que la mentalidad centralista no está sólo en el gobierno, sino internalizada en una provincia que piensa que sólo por su número de votantes es “tomada en cuenta”, cuando el verdadero planteamiento no es “ser tomada en cuenta” sino imponer caminos por la vía de las ideas y la acción. Esto es, ejercer protagonismo como nuevos polos del nuevo poder. Caso patético, sin duda, de análisis y comportamiento lineal donde debe haber un análisis lateral y complejo.

Cuando se reclama “aquí no somos ciudadanos de segunda” se está omitiendo la verdadera expresión que debe ser “los ciudadanos de primera somos nosotros” y, en consecuencia, somos quienes aportamos los hombres y mujeres, las municiones (léase ideas) y los que señalamos el camino que debe seguir la república toda.

Pedirle al gobierno “luz” equivale a asumir un papel parecido al de las universidades autónomas que le piden dinero, cuando lo que deberían platearse es su transformación y generar las ideas de la sustitución real de los paradigmas en el poder.

El país entra fácilmente en el juego siniestro de imposibilidad de transformar los símbolos en realidades emergentes. He leído, por ejemplo, a un prelado de la Iglesia Católica diciendo algo así como “lo que el país quiere es agua, electricidad, paz...etc”. Semejante barbaridad implica una adecuación a la circunstancia, no un esfuerzo por trascenderla. Semejante cretinismo refleja en toda su magnitud la crisis de liderazgo de los portavoces con acceso a los medios por ahora sobrevivientes. Y refleja que el país no ha podido cambiar la mirada lineal que conduce siempre a la misma conclusión de pesimismo agónico por otra lateral o compleja que le muestra cien salidas donde ahora no ve ninguna.

La posibilidad está, pues, en trastocar esta forma de pensar, de torcerle el brazo, de reventar el lenguaje habitual. Mientras sigamos en las lecturas lineales sólo florecerá el “humor” que esconde, las conclusiones de la imposibilidad y la visión del poder desde un ángulo trasnochado. Entiendo que romper un paradigma es en sí muy difícil. Entiendo que enseñarle a un país a pensar es tarea nada fácil, pero las burbujas que envuelven a una república a veces son frágiles y se pueden pinchar con el verbo repetido.

La Venezuela del pensamiento débil

No hay legitimación omnicomprensiva en esta Venezuela de hoy. Estamos movidos por un pensamiento débil. Se requiere de un pensamiento que hable de la verdad. Hay que recurrir a un paradigma de la complejidad contrario a la inmovilidad y sepultar los conceptos estáticos. Requerimos una sociedad instituyente.

El ser venezolano se muestra escindido, pesimista y desinteresado. Sucede porque el país se mueve en el seno de paradigmas agotados, en un mundo viejo. Las viejas maneras conducen a ninguna parte.

Es lo que le propongo al país, que se haga una sociedad instituyente. Lo que ahora corresponde es proponer una nueva lectura de la realidad, esto es, la creación de una nueva realidad derivada de la permanente actividad de un república de ciudadanos que cambian las formas a la medida de su evolución hacia una eternamente perfectible sociedad democrática. El vencimiento de los paradigmas existentes, o la derrota de la inercia, debe buscarse por la vía de los planteamientos innovadores e inusuales.

La inutilidad de los viejos paradigmas queda de manifiesto cuando el hombre comienza a sospechar que ya no le sirven exitosamente a la solución del conflicto o de los problemas. Está claro que la revocatoria de los anteriores requiere de un esfuerzo sostenido pues se deben revalorar los datos y los supuestos.

La sociedad venezolana es víctima de los males originados en la democracia representativa, una que no evolucionó hacia formas superiores. La sociedad venezolana se acostumbró a delegar y se olvidó del control social que toda sociedad madura ejerce sobre el poder.

Detrás de todo poder explícito está un imaginario no localizable de un poder instituyente. Así, se recuerda que los griegos, cuando inventaron la democracia trágica, acotaron que nadie debe decirnos como pensar y en el ágora se fue a discutir sobre la Polis en un proceso autoreflexivo. De allí Castoriadis: *“Un sujeto que se da a sí mismo reflexivamente, sus leyes de ser. Por lo tanto la autonomía es el actuar reflexivo de una razón que se crea en un movimiento sin fin, de una manera a la vez individual y social”*. La sociedad hace a la persona, pero esta persona no puede olvidar que tiene un poder instituyente capaz de modificar, a su vez, a la sociedad. La persona (y estoy usando la palabra en el sentido del humanismo cristiano) se manifiesta en el campo socio-histórico propiamente dicho (la acción) y en la psiquis. Se nos ha metido en esa psiquis que resulta imposible un cambio dentro de ella que conlleve a una acción. Es cierto que las acciones de la sociedad instituyente pueden no darse a través de una acción radical visible, pero en el presente combate se hace necesaria: la constitución de un gobierno paralelo. La participación impuesta en una heteronomía instituida, impide la personalización de la persona, pero es posible la alteración del mundo social por un proceso lento de imposiciones por parte de una sociedad trasvasada

de instituida a instituyente. La posibilidad pasa por la creación de articulaciones, es decir, mediante un despliegue de la sociedad sometida a un proceso de imaginación que cambie las significaciones produciendo así la alteración que conlleve a un cambio sociohistórico (acción). He allí la necesidad de un nuevo lenguaje, la creación de nuevos paradigmas que siguen pasando por lo social y por la psiquis. Partimos, necesariamente, de la convicción de que las cosas como están no funcionan y deben ser cambiadas (psiquis) y para ello debe ofrecerse otro tipo de sentido. La segunda (social) es hacer notar que la persona puede lograrlo sin tener un poder explícito (control de massmedia, un partido, o cualquier otra de las instituciones que tradicionalmente han sido depositarias del poder). Hay que insinuar una alteración de lo procedimental instituido. Se trata de producir un desplazamiento de la aceptación pasiva hacia un campo de creación sustitutiva. Se requiere la aparición de una persona con su concepción del Ser en la política, uno que se decide a hacer y a instituir. El asunto radica en que domesticar al venezolano –gobierno de Chávez- no es posible. El planteamiento correcto es inducir que la vida humana no es repetición, y muchos menos de los enclaves políticos, y encontrar de nuevo en la reflexión y en la deliberación un nuevo sentido. No estamos hablando de una “revelación” súbita sino de la creación de un nuevo imaginario social. Así, sin llenarse de ideas y pensamiento sobre el futuro por hacer no será posible cambiar lo existente. Este gobierno venezolano pone en duda todos los días su razón de ser y ello es condición a nuestro alcance para edificar el nuevo paradigma. La posibilidad instituyente está oculta en el colectivo anónimo. De esta manera hay que olvidar la terminología clásica. El máximo valor no es un Poder Constituyente. Lo es un Poder Instituyente, lo que no quiere decir que no se institucionalice lo instituyente, para luego ser cuestionado por la nueva emersión de lo instituyente. La democracia es, pues, cambio continuo. Todo proceso de este tipo transcurre –es obvio- en una circunstancia histórica concreta. En la nuestra, en la de los venezolanos de hoy, no podemos temer a lo incierto del futuro La democracia del siglo XXI que concibo es, entonces, una permanente puesta al día. La sociedad venezolana actual está en fase negativa. La protesta es una simple pérdida de paciencia y la lectura de columnistas que insultan al gobierno un simple ejercicio de catarsis.

Lo que pretendo al hablar de ciudadanía instituyente no se refiere a un mito fundante. Me refiero a un agente (al agente) que impulsa permanentemente una democratización inclusiva. Hay esperanza, porque de la nueva ética saldrá racionalidad en la nueva construcción. Ello provendrá de la toma de conciencia de una necesaria recuperación (no del pasado, en ningún caso), sino del sentido. El país que las “élites inteligentes” deberán liderar es uno en lucha contra las distorsiones, una basada en una lógica alternativa. Pasa porque los ciudadanos tomen como nueva norma de conducta la no delegación, lo que a su vez implica la asunción del papel redefinidor lo que la hace responsable en primer grado.

Es mediante el pensamiento complejo que se puede afrontar el laberinto propio del siglo XXI, pues la mezcla de elementos previsibles e imprevisibles, fortuitos, causales o indeterminados, replantea con toda su fuerza el cabalgar fuera de dogmatismos.

Reitero a mi país la propuesta de formación de un gobierno paralelo y de una Asamblea Nacional Instituyente para desafiar al porvenir.

La historia de un desgaje: la democracia representativa

En los procesos revolucionarios del siglo XVIII se comienza el proceso de conversión política de los derechos naturales. El siglo XIX se mueve sobre la idea del progreso. A pesar de las guerras del siglo XX se establece firmemente la forma política que algunos han denominado la “era de las Constituciones” y el traslado de la soberanía de la nación al pueblo. El programa demoliberal, luego de no pocas luchas, concede el sufragio y las mujeres libran una de sus batallas más vistosas, el voto también para ellas. La reacción fascista se extiende sobre Europa, pero el resultado de la II Gran Guerra hace renacer la condena a los poderes absolutos aún en medio de la Guerra Fría y entramos de lleno en el ciclo del liberalismo democrático, las democracias pluralistas y un ritmo keynesiano de la economía. Los partidos políticos viven su época de esplendor. El mercado reina encontrando su máxima expresión en la era Reagan-Thatcher.

A finales del siglo XX asoma la crisis plenamente. La democracia comienza a dejar al descubierto sus profundos vicios y la desconexión del ciudadano del sistema resalta sus falencias. La representación y la delegación del poder se resquebrajan. La democracia representativa comienza a diluirse como el sistema económico donde funcionaba. Es lo que bien se denomina una crisis de legitimidad. Los partidos políticos se convierten en “partidocracias”, en cotos cerrados que ya no cumplen su función de servir de vehículo a las aspiraciones de la gente común y su papel de intermediación entre el poder y la gente se oscurece por sus mafiosos comportamientos. De allí al brote del populismo habría poco espacio. La nueva expresión telegénica saltaría a la palestra con la oferta de soluciones “revolucionarias” milagrosas. Mientras tanto, otros comenzábamos a pensar en un movimiento alternativo.

Frente a las neodictaduras emergentes salen a las calles las manifestaciones de protesta que a nada conducen, que son incapaces de derribar gobiernos a no ser por alguna excepción. Las manifestaciones venezolanas están llenas de mitos y memorias de lo pasado, se recurre a la huelga general o al referéndum revocatorio, pero hay un desfase, un déficit y una contradicción que las anula. Es la vieja estructura que reacciona sobre la manifestación fascista y desde este ángulo de enfrentamiento la historia nos muestra que los viejos sistemas no son restituibles. El caso de las llamadas “marchas” en Venezuela es patético. La multitud sale a la calle lo que equivale a un desempoderamiento en lugar de una posibilidad de vencer la frustración. La razón está en los que podemos llamar “vehículos convencionales”, léase partidos, y sin que un movimiento estudiantil inmaduro y sin objetivos fijos, a no ser la protesta misma, sea capaz de lograr la conexión. La masa sale a la calle y luego se mira a la cara sin haber alcanzado ningún objetivo simplemente porque no estaba planteado ninguno, a no ser el drenaje de las emociones a la espera del acto electoral. De esta manera la “marcha” no deja legado. Más bien pasan a convertirse en ejemplo de la impotencia. Y en reconocimiento de las instituciones secuestradas de la dictadura, al concluir ellas en entrega de documentos redactados en un lenguaje que podríamos denominar como sacado del más puro legalismo.

Así, el viejo problema que Touraine y Baudrillard ya habían entrevisto, el de la crisis de la representatividad, revienta en Venezuela con toda su fuerza. Los partidos, destruidos por sus prácticas aberrantes y por su incapacidad, dan poder a otras instituciones igualmente derruidas y todos y todas marchan junto al enfrentamiento contra el régimen sin ninguna posibilidad de vencerlo. Con su derrota llega a la plenitud la crisis: ya no representan a nadie, son objeto de burlas, pero siguen ejerciendo un poder limitado que el Estado fascista emergente les permite para legitimar su ejercicio.

Paralelamente el problema inicialmente teórico de la representatividad brota en la realidad cuando los viejos actores quieren seguir ejerciendo el poder sobre los ciudadanos debido a su monopolio tácito de presentación de candidatos al viejo parlamentarismo. El problema deja de ser, inclusive, el de una simple oportunidad para enfrentar al régimen sino que es la manifestación patética del ejercicio de algo que no existe. No existe ni parlamento ni existe la posibilidad de conferir representación.

Vemos algunos jóvenes entusiastas e inmaduros lanzando sus candidaturas a diputados sin darse cuenta que el viejo sistema les impondrá su tradicional oligarquización por la necesidad de autorreproducirse para mantener sus privilegios de casta. Por el otro lado el poder fascista restringe, a lo que considera límites adecuados, la supervivencia de los viejos actores modificando aquí y allá y estableciendo condiciones suficientes para animarles a perseverar en su existencia, pero sin aflojarles jamás la posibilidad de volver a convertirse en mayoría.

Llegamos, así, ante una dictadura de nuevo cuño que para el mantenimiento de las apariencias democráticas cede una lonja de poder a los desplazados mientras los ciudadanos no encuentran que hacer, no se sienten representados, la calle no les concede nada sino el ejercicio de utilería a ambos bandos. Brota lo que los impertinentes han llamado Ni-Ni y lo que otros impertinentes en mayor grado convierten en objetivo de sus llamados para que voten o para que ayuden a derrotar al régimen. La crisis de la legitimidad puede declararse absolutamente en explosión. La representatividad concebida en los viejos sistemas liberales salta por los aires. La democracia representativa queda hecha jirones sobre el pavimento.

La desvalorización de la representación y de la legitimidad

La representación puede ser tomada de entrada como la imposibilidad del ejercicio de una democracia directa. En sus orígenes se planteaba como la vía para que los gobernantes ejercieran el poder con la aceptación libérrima de sus gobernados. Esas élites gobernantes o representativas fueron degenerando en castas opuestas al espíritu original. Podríamos aceptar que tal evolución era concerniente a un sistema que en sí portaba el germen de reducción de la democracia. No obstante, se consideró la mejor manera de administrar las complejas sociedades de la era industrial. Estos mensajeros llamados representantes, tal como su nombre lo indican, representan una ficción a algo que no está presente. Al nacer el concepto y la práctica de representación la sociedad no se gobierna a sí misma sino que pasa a ser recipiendaria de las políticas y decisiones tomadas por los representantes, aunque se sometían a referéndum o plebiscito, conforme a las formas conseguidas para atenuar la paradoja de la representatividad.

Tal como lo señala Bernard Manin (**Principes du gouvernement représentatif**, Calmann-Levy, París, 1995.), uno de los mayores estudiosos del tema, esa representación puede tomar tres formas: parlamentarismo, democracia de partidos y democracia de “audiencia”. En el primer caso, se les puede llamar fideicomisarios. En el segundo, que es el caso venezolano y de la práctica totalidad de los países latinoamericanos, se vota por un partido más que por una persona. Estos diputados o senadores son delegados de sus partidos que generalmente ejercen sobre ellos esa detestable práctica llamada “disciplina partidista”. La tercera, esto es, la denominada en las ciencias políticas “democracia de audiencia”, son los partidos los que se ponen al servicio de los candidatos y cuya elección dependerá de su propia personalidad y capacidad de interpretar a sus electores.

En cualquier caso de los mencionados se mantiene una independencia de los representantes sobre los criterios de los representados. Ocurre así la primera falla grave: la mediocridad de los representantes las más de las veces señalados para tal posición por su subordinación y obediencia a los distintos factores que le permiten ser electos. La segunda falla grave proviene del desinterés de los electores sobre el tema de a quien eligen, más los negociados con los poderosos medios massmediáticos; sobre este caso particular la historia venezolana muestra la cesión de curules a cadenas periodísticas a cambio de apoyo, en lo que constituyó uno de los puntos claves de la decadencia de la democracia. En tercer lugar, a pesar de permitirse la existencia de los llamados “grupos de electores” está claro que de hecho existe un monopolio partidista en la postulación de aspirantes. Finalmente, la falta de ética y de un comportamiento moral adecuado.

Pero Manin, al pasar revista a las instituciones propuestas en los siglos XVII y XVIII encuentra una continuidad notable con lo que hoy llamamos “democracia representativa”, lo que lo lleva a recordar una significación crucial: ese régimen del que han salido las democracias representativas no fue concebido en modo alguno por sus creadores como una forma de la democracia. Por el contrario, en

los escritos de sus fundadores se encuentra un acusado contraste entre la democracia y el régimen instituido por ellos, régimen al que llamaban “gobierno representativo” o aun “república” y cita a Madison argumentando que el papel de los representantes no consiste en querer en todas las ocasiones lo que quiere el pueblo. La superioridad de la representación consiste, por el contrario, en que abre la posibilidad de una separación entre la voluntad (o decisión) pública y la voluntad popular. Manin: *“Tanto para Siéyès como para Madison, el gobierno representativo no es una modalidad de la democracia, es una forma de gobierno esencialmente diferente y, además, preferible”*.

Las críticas sobre los partidos son conocidas: han pasado a ser irrelevantes aunque conforman aún su poder excluyente en las disposiciones que los favorecen para la presentación de candidatos mientras que los movimientos sociales organizados carecen de esa puerta abierta en el ordenamiento jurídico y, peor aún, cuando un grupo de electores abre la puerta y se lanza al ruedo sus resultados suelen ser magros. Es obvio, entonces, que navegamos en un estado intermedio donde los partidos han dejado de ser intermediarios eficaces y donde no han aparecido con sentido real nuevas formas de intermediación.

La otra, que la muerte de las ideologías los han convertido en cascarones vacíos incapaces de sumar voluntades. En otras palabras, se han convertido en mecánicos buscadores de votos. El argumento simplista que plantea “los partidos deben cambiar” no encuentra base en la realidad de la práctica política. Lo que hay que recalcar es que, en cualquier caso, los partidos han perdido el monopolio del ejercicio político y se les augura un destino describable como el de ser otros en medio de una multiplicación de actores socio-políticos en proceso de nacimiento. Siempre habrá el que por las razones que sean se agrupe con otros que la piensan igual y se proclamen partido, aunque bien se podrían denominar “organizaciones con fines políticos” como se definen en el presente venezolano sin que ninguno de nuestros “brillantes analistas” se haya dado cuenta del cambio semántico de enorme importancia.

De alguna u otra manera en América Latina ha fallado de manera ostentosa cualquier control sobre esta casta de representantes que no han encontrado en la voluntad colectiva un freno a sus desviaciones. En cualquier caso es obvio que existe una ruptura de la legitimación, lo que algunos han denominado “un malestar con la democracia”.

La introducción de mecanismos como referéndum revocatorio o la iniciativa popular han sido paliativos ligeros para la crisis de representación, en primer lugar porque junto a su nacimiento también crecieron las maneras de evitarlos y porque no contribuyeron de manera notoria al aumento del interés ciudadano por su práctica. Al haber contribuido notablemente a ese desinterés con sus ejercicios deformadores los partidos se ven desplazados de su anterior papel por organizaciones que tienden a formas de participación muy diferentes, esto es, la desconfianza justificada en ellos conlleva a la aparición de nuevos mecanismos que, en el presente tecnológico, conducen a la activación de redes y redes de redes.

No olvidemos que la palabra “representación” tiene otros sentidos, como el de la actuación, primero en el teatro griego donde el uso de las máscaras oculta y muestra lo que está ausente. *“Inventar la ciudad es inventar la representación, el lugar donde el poder se disputa y se delega, donde cada uno puede presentarse en el centro del círculo y decirle a la asamblea cómo él se presenta lo que sucede y lo que hay que hacer. Lugar de nacimiento del escepticismo, del conflicto de las interpretaciones, de esa multitud de dobles, eídos o eídolon, phantasia y phantasma, cuya apariencia corre el peligro de ser un falso semblante”*. (Enaudeau, Corinne. **La paradoja de la representación**. Barcelona. Paidós. 1999.).

Para la conformación de la legitimidad de la representación se recurrió al concepto de opinión pública según el cual se crea una opinión general y libre que el representante simplemente ritualiza. De esta manera el representante no tiene nada que ver con la voluntad del representado sino que expresa la voluntad política ideal de la nación, lo que lleva a identificar pueblo con esa voluntad. En pocas palabras, legitimidad y representación buscan reconciliarse. Este razonamiento teórico lleva a la representación a un punto muerto, pues lo que termina es con el planteamiento de que la legitimidad no es del Estado sino de la sociedad misma. Cuando la sociedad entra en la presente fase de desconfianza en los representantes y en la representación misma la legitimidad comienza a hacer aguas. Con la frase “Yo soy el pueblo” que el presente dictador venezolano pronuncia a cada momento lo que se está produciendo es la simbiosis más acabada del pensamiento liberal, esto es, no tiene nada de socialista pues se convierte simplemente en una ficción. La única manera de controlar a los representantes es estableciendo mecanismos independientes de él, pero, como en el caso venezolano y de otros neoautoritarismos, encontramos la facilidad con que el poder los burla y siempre quedará pendiente la cuestión de si es el Poder o el órgano contralor el que representa la voluntad colectiva.

Es menester recordar que el término “sociedad civil” (*civil society*) es de manufactura inglesa y fue inventada también dentro del contexto de encontrar una legitimación para la representación. Es por ello que algunos hablan, especialmente Touraine, de una sociedad postcivil; nosotros también lo hemos hecho dentro del concepto naciente de una democracia del siglo XXI. En este proceso de contradicciones se hunden los partidos de la democracia representativa, una realidad de distorsiones que algunos llegaron al punto de llamar “Estado de partidos”. O lo que otros llaman “descolocación de la política”, situación que hoy vivimos en muchos países de América Latina donde desde los órganos legislativos hasta los ejecutivos son suplantados por los llamados Comités Nacionales partidistas que pasan a ser el sitio donde en realidad se toman las decisiones supuestamente “encarnantes” de la voluntad popular. De esta manera los partidos se convirtieron en los verdaderos asesinos de todo el andamiaje filosófico-jurídico que había sostenido a la democracia representativa y su supuesta legitimidad. Es evidente que los partidos surgen por una necesidad obvia de asumir las contradicciones y las fragmentaciones del cuerpo social, pero terminan encarnando en magnitudes de primera fila las prácticas políticas deformadas y deformantes.

He insistido hasta la obstinación en la necesidad de que la provincia venezolana asuma el liderazgo, planteamiento que excede a la mera circunstancia de haberse producido en el interior las mayores acciones de resistencia contra la presente dictadura. Es también un asunto directamente vinculado a la tesis de representación y legitimidad. La elección de diputados por las regiones no establece ni una cosa ni la otra. Apartando por un momento el tema de la descentralización, obviamente necesaria e imprescindible, lo que ando es en búsqueda de una fuerza exógena que desmaterialice la mentira constitucional de que Venezuela es un Estado Federal y la haga realidad, pero más allá lo que ando es en búsqueda de una nueva fuerza constitutiva de la cultura venezolana.

Tendríamos que decir con Lassalle que *“la problemática constitucional no es un problema de derecho sino de poder, ya que la verdadera constitución de un país solo reside en los factores reales y efectivos de poder que en ese país rige. Las constituciones escritas no tienen valor ni son verdaderas mas que cuando dan expresión fiel a los factores de poder imperantes en la sociedad”*- (Lassalle, Ferdinand; **“¿Qué es una Constitución?”**; Editorial Coyoacan; año 1994; pág. 29. Conferencia dictada en Berlín a mediados del siglo XIX, texto que se convirtió en un clásico de las ciencias políticas).

En los pasados meses nació —es lo que percibo— una nueva tensión, o al menos una tensión variada, entre la provincia y el poder hegemónico de Caracas, uno que fue, a mi modo de ver, un intento de quitar la delegación al poder central, uno informe, pero intento al fin. La “reducción” de la representación, en el sentido en que la manejo en este párrafo, significa que se reduce su ámbito en el sentido que cada provincia se representa a sí misma sin afectar para nada la unidad de la Nación-Estado.

Hay que comenzar a manejar las nuevas formas, los nuevos partos, los nuevos paradigmas.

Recuento de un simulacro de representación

Si la posibilidad de un pensamiento nuevo abreva en la imagen o en su ausencia es una vieja discusión. Durand lo remite al imaginario, mientras Deleuze nos sostiene uno sin ellas. Otros, más arriesgados, sostienen que es necesaria una desubicación estructural para dotarse de visión.

La imagen puede ser vista como engaño, deformación u opacidad, viejo tema recurrente, aunque también como efecto de realidad o como voracidad posmediática. En la tradición cultural que nos movemos andamos sobre lo enunciado y lo visible, sobre la pantalla todopoderosa que permitió a algunos construir un imperio de órdenes y de imposición superior al de los editores de periódicos impresos. Se puede inducir historia a partir de una realidad política ficcional y producir una ciencia de las soluciones imaginarias. Llegamos al punto en que sólo se podía pensar desde la perspectiva de la dictadura presente. Lo que no se permitió jamás en el mundo del recién caído zar mediático fue un contrapensamiento que sacara la dicotomía perdida de una estrategia política centrada sobre el fracaso hacia la emersión de nuevas actitudes e ideas. De esta manera su canal pasó a convertirse en la imagen del presente permanente, uno insuperable.

Esta hipertrofia comunicacional acabó con la posibilidad de toda mirada y, por supuesto, con todo reconocimiento de una oportunidad diversa. Una que terminó convirtiendo el uso de las imágenes reales en mera apariencia. Así, Venezuela fue convertida en una imagen entre paréntesis, en un mundo desrealizado jamás convertible en factibilidad. Todo sucedía en la pantalla, nada fuera de ella. Convirtió al país, desde su mirada oblicua, en una cámara de vacío y de descomprensión. Una simulación de la realidad fue lo visto, con sus “invitados predilectos” que repetían la necesidad de la participación electoral o que convertían las imágenes del dictador pronunciando sus contradicciones en una ilusión óptica. Esto es, una obsesión por la imagen en su artificialidad hasta convertirla en fetiche. Las imágenes de algunos micros se convirtieron en copia de la copia. Baudrillard lo explica muy bien con su teoría de la simulación, que no es otra que un mundo donde las referencias y los referentes han desaparecido, algo así como una constante simulativa. Ahora bien, es obvio que tal mecanismo no afecta sólo al mundo que se narra sino también a las ficciones que lo hacen, todo en un proceso de transfiguración adulterada. Imposible así el surgimiento de un nuevo discurso que creciera fuera de la sombra del poder.

Al fin y al cabo la representación estuvo instalada y perdimos la capacidad de distinguir el territorio del mapa conforme a la acertada expresión de Baudrillard. Disimular deja intacto el principio de la realidad, pero enmascarada. O en otras palabras, se nos construyó una hiperrealidad. Se produjo una recreación desenfrenada de imágenes donde no había nada que ver. Es lo que se ha denominado con una palabra alemana, *doppelgänger*, que no es otra cosa que el doble fantasmagórico de una persona.

Es cierto que vivimos el tiempo de la imagen. Ello implica que las finalidades concretas sean innecesarias, como bien se practicó, de manera que la simulación se convierte en la cabeza de algunos poderosos extraviados en el nuevo principio, una donde está el modelo mismo que se muestra, lo importante, y donde se enseña a los espectadores deseosos de esperanza un juego al que ya han sido habituados a jugar que termina convirtiéndose en dispersión y anulación de lo político. En suma, un Apocalipsis de canal de televisión y no más.

El actual régimen venezolano ha logrado crear una imagen del pensamiento en el cual ya casi no se puede pensar sino desde dentro de la centralidad pensamiento-Estado. Por ello en su discurso hay siempre elementos de verdad, una muy minoritaria, pero que crea efectos de verdad. De allí su permanencia a pesar de sus errores y de su incompetencia. Hay que oponerle un nuevo pensamiento, una organización simbólica distinta, mientras el caso que comentamos fue lo contrario: una repetición constante, la muestra en pantalla del *doppelgänger*, en pocas palabras, un simulacro de representación que reforzaba la imagen y el original en una simbiosis tal que podía conducir a pensar si el monstruo en realidad existía. A falta de una estrategia política original el gobierno funciona a sus anchas con la puesta en escena de sus “cadenas” o de sus “Aló, Presidente” de sollicitación espectacular ahora impregnada de expropiaciones semanales. La presentación de pantalla, la copia que hacía el canal de la catástrofe ayudaba al mantenimiento de la catástrofe. La propia conversión de la imagen en realidad.

Si hay incoherencia o contradicción en el discurso del dictador es simplemente porque no hay necesidad de discursos articulados. Su único interés es el desarrollo de una estrategia de poder basada en el ansia de espectáculo, el que vemos haciendo delirar a las masas comprometidas previamente y arreadas al lugar del espectáculo. Romperla no pasaba por la vía del *doppelgänger* porque el orden original de la imagen copiable era la de cambiar la escala entre sistema político y la esfera masiva. Reproducir era, como hemos dicho, convertir el propósito en un instante perpetuo.

Un gobierno paralelo

Es necesaria la formación de un “gobierno paralelo” de seguimiento al presente régimen. Los sucesos de los últimos meses indican la inexistencia de una columna vertebral que le indique al país un rumbo, como quedó demostrado con las acciones intermitentes y desconectadas en la provincia y en Caracas.

Vista la grave situación del país, el colapso institucional y de los servicios públicos básicos, constatada hasta la saciedad la ineptitud del presente gobierno para atender a la comunidad nacional hasta en sus necesidades básicas y siendo obvia su vocación represiva, es menester constituir equipos que den respuestas concretas y líneas políticas claras.

Debe ser atendida la constante queja de los venezolanos ante la falta de propuestas concretas y la manifestación reiterada de angustia por mantenerse sólo un camino electoral, mientras las condiciones en septiembre no sólo serán comiciales sino de existencia misma del país.

Debe conformarse un gabinete en la sombra para seguir cada área de la acción oficial. Estaría integrado por Ministros para el seguimiento de: Política Interior, Política Exterior, Economía y Finanzas, Salud, Infraestructura, Educación y Servicios Básicos.

Propongo la conformación de una Contraloría para el seguimiento de la Contraloría General. La conformación de una Fiscalía para el seguimiento de la Fiscalía General. La conformación de una Defensoría del Pueblo para el seguimiento de la Defensoría. La conformación de una Comisión para el seguimiento del comportamiento del actual Poder Judicial.

Propongo la convocatoria a una Asamblea Nacional Instituyente dedicada al estudio y seguimiento de todas las leyes aprobadas por la actual Asamblea Nacional. Estaría formada por representantes de todo el país (Academias Nacionales, Universidades, gremios, colegios profesionales, asociaciones empresariales, confederaciones y federaciones de trabajadores, estudiantes, profesores, representantes de la provincia y de la sociedad civil).

Una Asamblea Constituyente implica una elección, con todo lo que ello apareja. Lo instituyente implica una superación de la democracia representativa para convertirla en una democracia como ejercicio cotidiano de injerencia. Una sociedad instituyente es mucho más que una recipiendaria del poder original.

Cuando hablo lo hago para contrarrestar las tendencias negativas a la inacción. Y también para tranquilizar mi conciencia. En cualquier caso pienso que si no se procede a la formación de este equipo de estudio y seguimiento tanto ejecutivo como parlamentario quienes se opongan o lo ignoren es bastante probable que tengan que formar un gobierno en el exilio.

La inercia de la entrega

El país luce desencajado, con los músculos flácidos, con la respiración entrecortada, con el aliento perdido, con una dejadez que pesa como un somnífero.

El país está desarticulado, con los encajes óseos oxidados, con la voluntad disipada, con los enclaves cerebrales divagantes.

Hay una atmósfera que entrecorta la respiración. No se trata sólo de la calina y del intenso calor lo que amodorra y mantiene al país en una somnolencia alarmante. Se trata de una inercia originada en un cansancio casi patológico. El país está entregado a los vaivenes, se deja llevar y asiste al proceso destructivo con la mirada perdida.

Los ojos del país muestran una pérdida de la visión, un extravío, una ausencia próxima a la entrega final al azar, a la caída de unos dados sobre el tapete de un destino sobre el cual le luce imposible incidir.

El país parece sufrir de osteoporosis múltiple, de parálisis sobre una silla de ruedas, de abandono y desaliento, de automatismo en el comportamiento y de inconciencia próxima a un letargo autoinducido.

El país sufre de impotencia. El país se hace sinónimo de letargo. El país parece un enfermo terminal echado sobre una cama de hospital y a la espera de lo inevitable. El país ya no intenta un ejercicio de voluntad. El país parece creer que los hados de la fortuna han decidido por él y no le queda otro recurso que inmovilizarse ante lo inevitable.

Este país entregado está muy mal. Ya percibe los hechos destructivos con un pequeño lamento, con la exhalación de una queja disminuida, con un leve gesto que parece indicar resignación. Este país oye como lo hace el sordo que da a comprender ha entendido lo que se le dijo aunque en su cerebro haya procesado nada más que un arroyo de sonidos inconexos.

Este país asiste a los sucesos como si fuesen lejanos y no le atañesen. El país está entregado, a la espera de unas elecciones que aún lucen lejanas y a las cuales asistirá por acto reflejo. El país se conforma con que no vengan médicos y enfermeras a jorungarlo en su estado anormal y confía en levantarse el día señalado para ir a votar con la misma resignación que el paciente muestra cuando le traen la siempre detestable comida de hospital.

Si el sujeto suspende su perorata agradece el silencio. Si el sujeto lanza su perorata emite gruñidos de respuesta a quienes comparten su inmensa sala de internado hospitalario como si una distracción se hubiese asomado por entre los intersticios de las paredes de su reclusión.

El país está echado en su cama de enfermo. El país está alejado, distante, acostumbrado a la dosis de morfina que le evita los dolores. El país da pena, pero al país no le importa dar pena, le basta con que lo dejen allí, tirado, sumiso, entregado, inerte.

Las enfermeras le encienden la televisión y el país mira con la boca abierta. No se sabe si ve u oye, pero la distracción y el escape le resultan suficientes para matar las horas de su inercia. Hasta que llega la hora del sueño, uno que lo aleja de la realidad, que lo saca del ensimismamiento del día para hundirlo en la inconciencia de la noche. Cuando el sol se pone entre el calor y la calina, el país agradece que haya terminado el día. El país quiere reducir los ruidos, la sensación de estar despierto, las incongruencias de la semiatención a una cotidianeidad oprobiosa.

El país asemeja a un paciente terminal. El país no es más que un montón de huesos y pellejo a la espera del punto sin retorno. El país ha perdido toda voluntad. El país existe, pero alejado, inconexo, ajeno, extraviado, paralizado en su lecho de enfermo sin la tentación de volver a levantarse, de mirar por la ventana, de salir afuera, de intentar una modificación de la realidad exterior que parece no tentarlo más que la placidez adormecida.

El país parece sentir que allí hay un desfile. Escucha lo que parece ser una banda con trompetas y timbales y puede, quizás, anticipar que estamos en carnaval, que alguien celebra una fiesta, que alguien participa de una fecha festiva, que alguien ajeno a sus penurias está dedicado a una celebración ruidosa.

El país observa las aspas del ventilador que gira perezoso sobre su lecho. El país no se pregunta. El país está en pijamas. Ni siquiera está esperando a Godot porque no tiene ni la más puta idea de quien es Samuel Beckett. El país languidece, la modorra lo satisface, aunque afuera las taladoras corten, desmalecen, echen abajo árboles y destino.

Ahí está el país. No se apiaden. Habrá que seguir hablándole aunque sus oídos sólo perciban ruidos guturales. Habrá que seguir poniéndole suero, aunque sus venas perforadas semejen un surtidor. Habrá que hacerle una traqueotomía para hacerlo respirar a la espera de una reacción reconstructora. Ahí está el país, en la inercia de la entrega.

El tono de una actividad política desleída

Cuando un país no conoce de tonos de grises ni logra distinguir acentos, modulaciones o entonaciones, puede decirse que está extremadamente radicalizado y que lo único que lo anima es destruir a la otra mitad. Ese es el panorama impuesto por el llamado comandante de la revolución con sus constantes peroratas de odio y su continuo llamado a exterminar a quienes no le siguen. He aquí el origen del drama, uno que es muy difícil de enfrentar con un mínimo de sindéresis.

Es lo que algunos han llamado con esa odiosa palabra “polarización”, una sacada del staff de los sociólogos de nuevo cuño que se dicen especialistas en la resolución de conflictos. Apelan a palabras como diálogo, lo que conllevaría a asegurar de manera terminante que a Venezuela no le queda otra salida que la guerra civil, dado que diálogo no puede haber, cuando el caudillo proclama a los cuatro vientos su imposibilidad bajo el argumento de que “ser rico es malo” o que “la batalla es final” o que “la oligarquía y la oposición de mierda deben ser destruidas”.

En estas condiciones no puede decirse que la política es una posibilidad por hacer, a menos que de alguna manera se busquen los intersticios para vencer la llamarada del odio. Ello no equivale a la inacción de resistencia frente a la dictadura, pues tal comportamiento equivaldría a complicidad ni a obstinarse sólo en una participación electoral obviando las magras condiciones en que ella se produce. En este contexto manifestarse continuamente dispuesto al diálogo se percibe como una disposición a un entrevero de piernas con un régimen que sólo permite la fidelidad más absoluta.

El ejercicio del poder en Venezuela es uno arbitrario, caprichoso y típicamente de cuartel. El caso de la disidencia del gobernador del estado de Lara a su militancia en el partido de gobierno (PSUV) nos ha mostrado con mayor claridad las aristas de la crisis presente. El presidente llega a Barquisimeto y ordena la expropiación de dos galpones de la empresa “Polar” y el gobernador reacciona como todo hombre apegado a la ley: eso es una zona industrial, así está en el plan de desarrollo urbano de su ciudad, hay ordenanzas específicas y la ley de la materia impide desafectar sólo una parcela pues habría que hacerlo con toda la zona que tiene alrededor de 180 industrias. Si menciono este caso específico es porque posiblemente fue el detonante final de la crisis entre el gobernador disidente y el presidente mandón y arbitrario.

Está claro que lo que el régimen se propone es controlar en su totalidad la producción y distribución de alimentos para tener un control total de la población por vía del estómago, pero la arbitrariedad ordenada a su paso por la ciudad de Barquisimeto equivalía a un “yo soy la ley” o “mi voluntad es el texto constitucional”. Obviando el caso específico, uno donde no se consultó a la autoridad local sino que se le ordenó una medida contraria a Derecho, lo destacable es que el gobernador Henri Falcón llegó al Llegadero, como se dice popularmente. En su carta de renuncia al partido expresa la necesidad de un

diálogo entre todas las ramas del Poder Ejecutivo, la consulta democrática, el acuerdo como mecanismo para resolver las diferencias. Pero, más allá, proclama que el país requiere concordia, entendimiento, paz, transformación social sin atropello.

La carta, obviamente, no fue entendida por sus excompañeros de partido que se lanzaron a endilgarle toda clase de improperios, pero tampoco por una oposición obtusa que se lanzó por el mismo camino. Esta última le reclama al gobernador Falcón su anuncio de mantenerse en el proceso revolucionario o la ratificación de que con el líder el tratamiento es decirle la verdad. No entienden. El gobernador disidente no podía provocar la ruptura. Con la habilidad política que ha demostrado tener debe haber tenido también muy en claro que el diálogo y la paz que reclamaba iba a ser respondida con una catapulta de odio. De manera que es el dictador y el régimen los que producen la ruptura, no él. Eso le concede un poder moral sobre un país que no recapacita, es verdad, pero que a la larga puede ser entendido.

El otro argumento usado por los obtusos es el de Francisco Arias Cárdenas, un excomandante compañero de Chávez que se convirtió en candidato presidencial de la oposición, salió derrotado y luego mansamente volvió a las filas del gobierno donde fue “cristianamente” perdonado por el jefe supremo. Ese trauma parece internalizado por una parte de la población. Veamos lo ocurrido: Arias fue honesto en su oposición, cumplió su tarea, perdió y cayó en el más absoluto olvido y en el más doloroso abandono. No tenía piel para aguantar semejante situación que me imagino incluía una situación económica difícil. En esta situación buscó a cercarse a su viejo amigo que en nombre de esa amistad lo recibió y lo incorporó a su gobierno, siendo hoy Viceministro de Relaciones Exteriores. Sin entrar a calificar la actitud de Arias lo que importa es mirar hacia quienes padecen lo que ya se conoce como “el trauma Arias Cárdenas”. Parece que los preside una convicción de que todo disidente es un “caballo de Troya”, un traidor enviado por Chávez a infiltrar las puras aguas de la oposición para luego voltearse. No fue el caso de Arias Cárdenas. Es interesante como el sector opositor obnubilado se coloca en una situación francamente psiquiátrica, una que les impide observar con la debida atención la magnitud del desgajamiento que ha sufrido el partido de gobierno con la renuncia del gobernador Falcón. Una que induce a rechazo porque seguramente es otro insincero enviado a infiltrar cual “caballo de Troya”.

Esa carencia de percepción no los hace ver que el gobernador disidente no puede cumplir con ese papel porque entre los planteamientos más firmes que ha hecho es que no tiene nada que ver con la oposición ni ningún partido de oposición le sirve. Por cierto, uno de los mejores planteamientos de su rueda de prensa. Lo es porque el gobernador disidente es un militante revolucionario que no abjura de sus principios y porque sabe meridianamente que esa oposición está condenada a no tener oportunidad seria de gobernar. Pero más aún: no pueden ver el planteamiento de fondo del gobernador disidente: reclama un socialismo no sectario, humano, de entendimiento, de desarrollo social y de respeto a la ley y al texto constitucional de 1999. Cuando proclama su apego a la Constitución salida de una Asamblea Constituyente es señalado por los obtusos por supuestamente decir lo mismo que Chávez, olvidando dos cosas: la primera es que Chávez ya

proclamó a ese texto como transitorio y que la oposición no hace otra cosa que reclamar el respeto por él. ¿En qué quedamos entonces? He recordado que los funcionarios no son electos solamente para hacer obra, para desarrollar los servicios públicos y atender a los más necesitados, sino también para apegarse al texto legal, para actuar enmarcados por un Estado de Derecho.

Volvamos a la oferta del disidente gobernador Falcón del estado de Lara. Ha puesto sobre la mesa un socialismo de estos tiempos, una declaración que es equivalente a una condena de las prácticas estalinistas de Chávez, un reclamo directo y contundente contra el personalismo encarnado en el líder que todo lo sabe y todo lo decide sin preguntarle nada a nadie. Ha puesto sobre la mesa un reclamo de justicia social y de mantenimiento de lo que la revolución haya podido lograr en este sentido, pero volviendo a la sindéresis, a la dirección colectiva y dialogante. Este es un extraordinario planteamiento que no ha podido ser visto ni por los fanáticos oficialistas que lo acusan ahora de “financiado por la oligarquía”, de “servir al capital internacional”, de “traidor” y hasta de “conspirador”, ni por la oposición obtusa que lo llama “nuevo Arias Cárdenas”, “ladrón” y “líder con pies de barro”.

¿Podrá ser visto y oído este llamado por la gran cantidad de militancia oficialista ya preocupada por las arbitrariedades de su líder que, para muestra de botón, ya tiene un largo historial en las conferencias internacionales? Al menos en el estado que gobierna el señor Henri Falcón ha tenido eco: diputados a la legislativa local, a la Asamblea Nacional, concejales y militancia lo han acompañado. Es ya el mayor desgajamiento sufrido jamás por el partido de gobierno.

Ahora bien, el señor Falcón ha ido a militar a un partido aliado del gobierno, Patria Para Todos (PPT), en un gesto de su apego al proceso con todas las variantes y diferencias que tiene con él y que hemos resaltado en este texto. El PPT es una disidencia de Causa “R”, fundado por Alfredo Maneiro, un viejo marxista teórico que inició en Venezuela el planteamiento radical (la “R” viene de radical) y que estuvo a punto de ganar las elecciones (todavía hay gente que dice que las ganó y se las usurparon) con la candidatura presidencial de Andrés Velásquez, un líder sindical del sector metalúrgico. En pocas palabras, una versión del Partido de los Trabajadores de Brasil y un planteamiento muy similar al de Lula Da Silva.

La respuesta del partido del señor Chávez ha sido congelar sus relaciones con el PPT por recibir en su seno al “traidor” gobernador disidente del estalinismo. Antes de usar los calificativos apropiados para semejante actitud, lo que interesa resaltar es que se ha puesto sobre la mesa un verdadero escape a la militancia desencantada oficialista y no hacia una posición retrógrada, sino hacia una oferta de principios y de apego a la legalidad. Ahora bien, ¿cómo alguien que tenga dos dedos de frente no puede darse cuenta que estamos ante el hecho más importante ocurrido en Venezuela en por lo menos ocho años?

No tengo capacidades adivinatorias para conocer la suerte de este proyecto que ante la ceguera general ha puesto sobre el tapete el gobernador Henri Falcón, pero sí creo estar en la excepción, esto es, creo tener dos dedos de frente por lo menos, de manera que saludo el hecho como una oleada de viento fresco en esta situación

obtusa que describo al inicio de este texto y lo saludo como un hecho de una importancia política excepcional que bien podría romper el presente encasillamiento. Lo es, porque la tesis de Falcón y del PPT son perfectamente encajables en la construcción de una tercera opción.

La creación de nuevos campos de historicidad

No se puede seguir hablando de democracia pensando que es un sistema donde se vota o donde hay representatividad o participación. A la democracia tenemos que hincarle los dientes, revisar todo y ahora mismo debemos ir sobre el concepto de política. Indispensable entrar en él porque en este país la gente dice estar “harta de política” cuando en verdad lo que está es harta de falta de política. Política es participar en la actividad social. Es necesario terminar con la desnaturalización del concepto mismo, con la creencia generalizada de una particularización “profesional”. Toda acción sobre la vida pública o, dicho de otra manera, sobre los intereses colectivos, es una acción política. Otra cosa distinta es lo que podríamos denominar “actividad política” (proselitismo, búsqueda del poder, etc.) que es propia de los activistas políticos.

La sociedad venezolana está omitiendo el replanteamiento de que es la democracia. Lo que no se renueva perece; lo que ante los ojos de la gente es ya conocido, con sus virtudes y vicios, carece de la atracción de la novedad. Hay que conceptualizar para la demostración práctica de una democracia sin adjetivos, sólo ubicada en un contexto de tiempo: siglo XXI, con todo lo que ello implica.

La sociedad venezolana está atomizada por muchas causas: desvío y confusión por la profusión de “aprendices de brujo” que pululan en los medios radioeléctricos, la conversión de los encuestadores en analistas con las consecuentes barrabasadas, la determinación de los medios de “escoger” cuidadosamente quienes asisten a sus programas de entrevistas, los negociantes que se dirigen a sobrevivir en el actual régimen. La sociedad venezolana ha perdido la capacidad de reacción, está sentada frente al televisor esperando que la pantalla le diga como debe comportarse. La sanación del cuerpo social implica un largo proceso que debe partir de la inserción en la cotidianidad.

La escasa influencia del pensamiento sobre la democracia en la democracia misma se debe a la crisis de todo pensamiento trascendente en un mundo de bodrios repetitivos, de insubstancialidad y a la ausencia de lo que diagnostica de modo diferente a como se construyeron las ideologías derruidas. No se trata de un plano que se proclame poseedor de la verdad ni pretenda proclamar la solución de los problemas del hombre. Se trata de un conjunto de diagnósticos y de advertencias. Las clases medias, actores claves en toda acción política, sólo se movilizan cuando creen amenazados sus derechos. Son las clases medias el ejemplo de inacción funcional inducida por la pantalla-ojo o por los activistas políticos colapsados o el instrumento manipulable para los intereses particulares disfrazados de colectivos.

Bien podría argumentarse que la sociedad civil se ha convertido en un simulacro de lo social. La democracia, por ejemplo, parece alejarse de su marco de drenaje y composición, para elevarse por encima de las fuerzas conflictivas que se mueven en su seno. El poder que amenaza con surgir en el siglo XXI trabaja –ya lo hemos dicho hasta la saciedad- con la velocidad y con la imagen, más con la velocidad

de la imagen. Su alzamiento por encima de una sociedad civil débil le permite recuperar el sueño del dominio total, de la modelación de los “contemporáneos” (antes ciudadanos) a su leal saber y entender. Así, el poder de la dominación se hace total. En el campo del sistema político la democracia comienza a ser mirada como un impedimento, como un estorbo.

Ya no estamos, pues, y a veces mucha gente no se da cuenta, en una sociedad industrial. En consecuencia las formas de poder son otras. En consecuencia, las viejas formas (sindicatos, partidos políticos, asociaciones empresariales y todas aquellas “instituciones” de la sociedad civil) se derrumban, al igual que los sistemas de valores tradicionales, la familia, los sistemas de poder (la democracia en peligro). Hay nuevas formas de poder y también nuevas formas de política, sólo que la tendencia es a la eliminación de esta última, es decir, a un neo-totalitarismo. Si vemos, por ejemplo, la inutilidad de los sindicatos y la impotencia absoluta de los partidos para unir en torno a ideologías, debemos admitir que la nueva estructura política pasará por un entramado de redes de acción y presión política. Lo que hay que entender es que la política dejó de ser un espacio de acción individual o uni-organizativo para convertirse en una gran red de redes de transmisión de información, creación de coaliciones y alianzas y en articulación de presión política.

En su postdata sobre **Las sociedades de control**, Gilles Deleuze nos recuerda el proceso, con Foucault, de las sociedades disciplinarias de los siglos XVIII y XIX, en plenitud en los principios del siglo XX, donde el hombre pasa de espacio cerrado a espacio cerrado, esto es, la familia, la escuela, el cuartel, la fábrica y, eventualmente, la prisión, que sería el perfecto modelo analógico. Este modelo sería breve, apenas sustitutivo de las llamadas sociedades de soberanía, donde más se organiza la muerte que la vida. Deleuze considera el fin de la II Guerra Mundial como el punto de precipitación de las nuevas fuerzas y el inicio de la crisis de lo que llamamos sociedad civil. En otras palabras, entran con fuerza las sociedades de control que sustituyen a las sociedades disciplinarias. Virilio habla así de control al aire libre por oposición a los viejos espacios cerrados. El gran diagnóstico sobre este proceso lo hace, qué duda cabe, Foucault, pero es a Deleuze a quien debemos recurrir para entender el cambio de los viejos moldes a lo que él denomina modulaciones. La modulación cambia constantemente, se adapta, se hace flexible. La clave está en que en las sociedades disciplinarias siempre se empezaba algo, mientras que en las de control nunca se termina nada, lo importante no es ni siquiera la masa, sino la cifra. Es decir, hemos dejado de ser individuos para convertirnos en “dividuos”. No hay duda de la mutación: estamos en la era de los servicios, la vieja forma capitalista de producción desapareció. He definido esta era como la de la velocidad, pues bien, el control es rápido, cambiante, continuo, ilimitado. Si algunos terroristas colocan collares explosivos a sus víctimas, la sociedad de control nos coloca un collar electrónico.

Esta república desanda, retrocede, reula, repite. Esta república marcha hacia cuando no era república. Volvemos a ser una posibilidad de república, una harta teórica, harta eventual, harta soñada por los primeros intelectuales que decidieron abordar el tema de esta nación y de su camino. Nos están poniendo en un volver a reconstruir la civilidad y en el camino de retomar el viejo tema de civilización y barbarie. Por lo que a mí toca tengo una negativa como respuesta. Hay que

plantear una democracia del siglo XXI, hay que dotar a este país de herramientas que le permitan salir de la inconsciencia de los retrocesos, hay que extinguir la mirada biliosa. Aquí la única risa que cabe es sobre los esfuerzos miméticos del caudillo, sobre el viejo lenguaje y los viejos planteamientos regresados como si aquí no hubiese habido cuatro décadas de gobiernos civiles. Aquí lo que cabe es reconstruir las ideas, darle una patada en el trasero a la Venezuela decimonónica y a la Venezuela “sesentona” para hacerle comprender que estamos en el siglo XXI. Este país necesita pensamiento, no abajo-firmantes; esta nación necesita quien la tiene a la grandeza de espíritu, no amodorrados en silencio; este país necesita quien proyecte un nuevo sistema político, no quienes vengan a repetir el viejo lenguaje podrido o a convertirnos en objetos de estudio psiquiátrico. Hay que crear nuevos “campos de historicidad”, para utilizar palabras de Alain Touraine. Ello implica abandonar viejos temas que se insisten en poner sobre el tapete evitando una discusión seria sobre los nuevos modos del deber ser del cuerpo social.

Tiempo entre paréntesis

La creación de una nueva realidad se le asemeja a los venezolanos a una especie de misión irrealizable para la cual se alega carecer de fuerzas. La palabra solución parece haberse escapado como un errante cuerpo celeste no sometido a gravitación alguna. Ya pensar en las salidas posibles se le antoja una característica baldía de su antepasado de tiempos históricos terminados. Ya podemos llamar a este tiempo en el que estamos uno entre paréntesis.

Hoy mira la realidad con cansancio y el pesimismo se establece como un pesado herraje que impide el poder transformador de la voluntad. El nuevo paradigma capaz de despertarlo no se asoma o lo hace impotente para sacarlo de las tragedias históricas que lo sumieron en el letargo o es manoseado y escondido debajo de la alfombra por los representantes de un pasado que no volverá.

Es una particular ataraxía que sustituye con imperturbabilidad la condición alerta. Nos preguntarnos porque el venezolano ha abandonado el papel de descifrador. La insatisfacción con lo existente parece haber perdido su capacidad de motorizar el viaje hacia fuera del presente ominoso. El venezolano ha perdido la fuerza para imponer la sumisión de la realidad al orden simbólico. Esto es, ha dejado de interrogarse.

Este espacio atascado entre dos símbolos que uno sólo es y se llama paréntesis congela y desarticula, se va constituyendo en una especie de limbo donde sólo cabría esperar una decisión superior que determinara de una vez por todas la duración del castigo previo al ascenso a nuevas instancias.

Los dos extremos del paréntesis mantienen encerrada a una república mientras algunos alegan que el símbolo que cierra a la derecha se romperá el 26 de septiembre en un aluvión de maná. Desde el lado del poder se mira con complacencia el tiempo escondido en el paréntesis mientras afuera desata una catarata de hechos y desgarramientos aprovechando el tiempo del paréntesis.

La inacción caracteriza al tiempo del paréntesis. Se conoce por la teología cristiana que el tiempo del paréntesis termina, que es apenas un pasaje, pero la concepción del tiempo es curva como el enrollamiento de una serpiente sobre sí misma que busca la cola para mordérsela como un relato bien escrito con las técnicas literarias apropiadas. Se insiste en el lado derecho del paréntesis y se arguye que tiene fecha, que basta la paciencia para salir del tiempo del paréntesis.

En el mundo exterior, por el contrario, el tiempo corre veloz, se apresura, se conculca, se pasa por encima, se arroja porque la república está encerrada en el paréntesis.

Este país tiene dos tiempos: el del paréntesis donde está encerrada la república y el de los usurpadores. La pestilencia tiene dos tiempos: la de los gatos que escarban y la de los que la exhiben. Hay dos teorías: la de quienes dentro del

paréntesis comienzan a sostener que el tiempo no existe y la de quienes nos interrogamos sobre la interacción que permita el renacer de la energía. Concluimos que hay que buscar el grupo más alto de simetrías posibles lo que siempre conduce a energías inimaginablemente altas.

Es posible que el país esté simplemente empujando el lado derecho de este signo ortográfico-político y extendiendo el tiempo del paréntesis. Es menester abrir el paréntesis, interrumpir el discurso encerrado, dejar claro que el discurso va sobre toda la expresión y no sobre el encierro de un tiempo. Aquí no puede haber ni santos ni patriarcas esperando la redención del género venezolano. Tenemos que quitarnos la placa que nos han colgado al cuello. No podemos seguir ignorando los entresijos ni evaporándonos con el humo del Ávila que se quema solo.

La obligación de incidir

Somos en un país donde estamos obligados a incidir. Es necesario el recurso de la reflexividad, de una profundización en nosotros mismos. Atrás deben quedar la antipolítica, la despolitización y el individualismo autista. Las nuevas formas del país llaman a la ingerencia. Se trata del ejercicio de una política ciudadana, de una relación muy distinta del viejo paradigma ciudadanos-autoridad. Hay que inventar nuevas formas de escribir la historia.

Este viejo cuadro clínico ha conllevado al rebrote de totalitarismos en versiones más o menos renovadas. No obstante, ante el cierre de los canales de la democracia del siglo XX, y equivalente a la era industrial, surgen por doquier nuevas formas de organización que practican una democracia deliberativa. La creación de una nueva democracia para la era postindustrial implicará, implica ya, un traslado de los asuntos sociales hacia las asociaciones democráticas que emergen. Aquí cabe mencionar que el proceso de descentralización gubernamental es el camino ya asumido y sólo una reproducción extemporánea de modelos del pasado se empeña en centralizarlo todo, no como una forma de eficacia, sino como una manera de concentrar el poder, lo que permita el establecimiento de un nuevo Estado totalitario. El ciudadano, es decir, el habitante del espacio geográfico que ha abandonado el desinterés por los asuntos públicos, está retado a un acercamiento con el otro, a la construcción de una red de comunicación que deberá extenderse a una red de redes donde los elementos de interés común permitan la creación de un nuevo tejido democrático.

Nacerá así, lo que bien podemos llamar, con propiedad y exactitud, la voz de los ciudadanos que creará el nuevo lenguaje, uno por encima de los viejos paradigmas en que se mueven los actores tradicionales. Es necesaria la aparición de lo que en inglés llaman *moral commitments*, es decir, las obligaciones morales que se asumen en el orden de la acción común. En las democracias aparentes se burlan estos propósitos.

Si un cuestionamiento se hace presente en el mundo que se asoma es al del llamado “conocimiento experto” en su capacidad de tomar decisiones. Ello conlleva, necesariamente, a un aumento de la intervención colectiva en un debate público del cual se alejó y al cual las evidentes fallas lo han hecho regresar, esta vez para quedarse. Sólo que los cauces tradicionales para esa expresión están obturados y así debe recurrirse a otros medios.

Si lo queremos decir en palabras más precisas, para bien, se marcha hacia una politización creciente. Es una buena noticia porque el abandono del interés por la Polis ha sido la causante de una inmensa cantidad de vicios que han afectado al proceso democrático. La lucha es por eliminar ciudadanos dependientes que esperan del Estado y pronuncian la inefable y dañina frase: “Es que este gobierno me da”. El ciudadano, inclusive más allá de comportarse como tal, estará sometido en el mundo que se asoma a un permanente desafío para que asuma deberes en la comunidad socio-política a la que pertenece y deberá procurar que

esa comunidad le reconozca como miembro suyo y le facilite el acceso a los bienes sociales.

Boaventura de Sousa Santos elaboró un modelo que denominó democracia de alta intensidad o democracia emancipatoria. El autor portugués (**Limites y posibilidades de la democracia**, entre otros varios) parte en su análisis de una demoleadora crítica a lo que llama “pensamiento democrático hegemónico”. Lo basa en un proyecto de transformación social mediante la creación de formas de sociabilidad inconformistas, la reinención de la ciudadanía y la maximización de la participación política. El sociólogo lusitano describe a la perfección las fallas de la democracia tal como la hemos conocido, en su origen teórico, en sus procedimientos electorales y en sus consecuencias de falta de ingerencia ciudadana, de manera que procede a reelaborar una teoría democrática, lo que evidentemente es absolutamente necesario en el mundo actual.

Propone una democracia radical socialista y la búsqueda de alternativas epistemológicas para devolver la esperanza de emancipación. Los adjetivos pueden ser redundantes; por ejemplo el adjetivo *radical* es cada vez más usado en Ciencias Sociales en relación a la democracia y el adjetivo *socialista* se puede prestar a confusión. En cualquier caso, lo que el investigador portugués exige es una “repolitización global de la práctica social”, esto es, superar la mera participación electoral, lo que significa “*identificar relaciones de poder e imaginar formas prácticas de transformarlas en relaciones de autoridad compartida*”. En síntesis, debemos reclamar las tesis de inclusión, los planteamientos de redención social y la participación creciente que conlleve a nuevas formas de poder, lo que nosotros hemos denominado las decisiones colectivas.

No estamos pensando en un modo de democracia directa. En el fondo, la variante representativa ha materializado la posibilidad de la dictadura de las mayorías. De allí la imperiosa necesidad de construir espacios que deliberan e influyen o determinan las decisiones políticas. Esto es, hay que levantar sujetos políticos abiertos a la diversidad y a la tolerancia, con suficiente poder adquirido y derivado de la práctica de lo deliberativo. He dicho que la democracia es siempre una posibilidad en camino donde no se congela un ordenamiento institucional y donde el Derecho no es un simple instrumento de mineralización del pasado. La política, vista así, no es más que una práctica continua, una transformación incesante marcada por la toma de decisiones de los nuevos actores ciudadanos.

Hay una hegemonía que, obviando en este instante viejos factores ideológicos, podemos referir a los partidos políticos, como monopolizadores de las prácticas de la democracia representativa. Las prácticas articuladoras de los diversos sectores sociales emergentes que deliberan se producirá tarde o temprano para hacer saber que terminó al fin un predominio abusivo. Siempre aparecerá el elemento identificatorio del todo, el que produzca el sentido común. La incompletitud de cada sector emergente encontrará la articulación, una que puede ser circunstancial para el ejercicio de un movimiento de poder, una que puede ser de mediano alcance para propósitos de lento perseguir o, inclusive, el nacimiento de bases permanentes sobre la cual continuar manteniendo la diversidad. Para lograrlo se requiere de la conformación de nuevas demandas subjetivas que

confluyan mediante un sistema de equivalencias democráticas. No se trata de alianzas sino de un proceso de modificación de la identidad de las fuerzas actuantes. Esto requiere que ninguna lucha se libere en términos que afecten negativamente a los intereses directos de otras fuerzas posibles a la articulación y que subsista la confrontación de diversas posiciones. Ernesto Laclau, virtual padre del término “democracia radical” asegura que *“la democracia es radical porque cada uno de los términos de esa pluralidad de identidades encuentra en sí mismo el principio de su propia validez, sin que ésta deba ser buscada en un fundamento positivo que establecería la jerarquía o el sentido de todos ellos, y que sería la fuente o garantía de su legitimidad”*.

La demagogia de la solución concreta

Tenemos enfrente eso que han llamado “socialismo del siglo XXI” y hay que producir una respuesta que he considerado no puede ser otra que la “democracia del siglo XXI”, no sin la aclaratoria sobre la natural presencia de un verdadero socialismo de estos tiempos en estos tiempos.

Sin embargo, algunos anuncios que comienzan a circular pareciera entramos en lo colectivo sin colectivo, esto es vamos hacia una la concepción de una democracia contra sí misma, pues no se conjuga en la ciudadanía lo general y lo particular, o lo que es lo mismo, la asunción por cada uno del punto de vista del común desde su propio punto de vista. En lo que ahora tenemos prevalece la disyunción: cada uno hace valer su particularidad. Pareciera que estamos en un ejercicio profesional de la política basado en la “demagogia de la diversidad”.

Es necesario rescatar la política como “fenómeno pensable”, en su “operatividad como acontecimiento”. Es decir, liberarla del sentido centrado en una filosofía de la historia y de su carácter superestructural. Acontecimiento es lo que detiene la mera sucesión de los hechos y exige una interpretación.

Hay que partir de lo cotidiano para reencontrar lo social. Hay que innovar en las actitudes y comportamientos y en las bases teóricas que los sustentan. Hay que entender las posibilidades del nuevo tejido social para fijar objetivos compartidos que puedan convertirse en propósitos y objetivos de la lucha

La apuesta fundamental es que hay que innovar o la democracia retrocederá. La desconfianza en la política hay que vencerla y ello pasa por la formación de ciudadanos y por darles a esos ciudadanos un poder que exceda la simple participación electoral.

Los cambios hacia una democracia del siglo XXI implican, a mi entender, meter el análisis en todos los conceptos, inclusive el de libertad. Hemos venido entendiéndola como la posibilidad de hacer todo lo que la ley no prohíba o lo que no dañe los intereses de los terceros y colectivos o la posibilidad de opinar y de expresarse libremente o de postular o ser postulado a los cargos de elección. La libertad debe implicar la capacidad de controlar efectivamente a los elegidos para desterrar los vicios de la democracia representativa, de organizarse en lo que alguien llamó “sindicalismo de masas” y en otro que es el de la capacidad de imaginar, pues esta última nos permite convertir la democracia en un campo permanente de crecimiento de la libertad misma. El clima de lo que me propongo denominar la “libertad creativa” impide la conversión de la democracia en un campo estéril agotable como un recurso natural no renovable cualquiera, para hacerlo un recurso natural renovable.

El principal partidario de la destrucción es el grupo de políticos tradicionales que se niegan a regar la planta o a abonarla, pretendiendo que la planta es así y no se le debe intervenir. Tenemos, pues, que ensanchar la “libertad creativa”, la intervención directa de los ciudadanos en el control de la gestión pública y la

organización social de masas en nuevos tejidos. Todo como una forma de restablecer las instituciones de intermediación entre el poder y la sociedad, cuya pérdida es una de las causas fundamentales de la crisis democrática. Sabemos bien que entraron en crisis todas las instituciones que cumplían ese rol. Los procedimientos que he estado mencionando restituirían el equilibrio entre un poder desbordado e inepto y una sociedad contralora de lo público.

La legitimidad surge del acto electoral, la confianza proviene del convencimiento moral de que un gobierno busca el bien común. Sin confianza no hay estabilidad. Una mayoría electoral no es equivalente a una mayoría social. El voto es una preferencia, la confianza una sensación convincente de pertenencia. Frente a las exigencias sociales no puede producirse una reacción populista reactiva. Hay que partir de una programación de ejecución gradual, consistente y constante. Quiere decir, una acción incesante sobre las situaciones. Las mayorías electorales son una suma de votos. Las mayorías sociales son una suma que se llama pertenencia.

Hay que revalorizar los principios: los básicos de la libertad y de la democracia, entendidos no como parabas hechos de granito, sino como un proceso permanente de vuelo hacia la justicia y la equidad. Los relativos a una economía social inclusiva, con diversas formas de propiedad conviviendo pacíficamente. Hay que sacar a flote al Derecho, entendido como una construcción jurídica que procura una conformación social para la equidad. Hay que poner sobre el salvavidas la concepción de ciudadano que interviene y participa y recurre a toda forma de organización para hacer sentir su voz.

No podemos seguir considerando a la democracia como algo establecido sobre la que ya no hay nada que decir. Elecciones, Estado de Derecho, independencia de los poderes, respeto y tolerancia, todo eso sí, pero el fardo ya no aguanta más. Hay que renovar todos los conceptos, desde la economía hasta el derecho mismo, desde la concepción de la política hasta el criterio sobre los liderazgos, desde lo que se considera un partido y la determinación de su rol social hasta la organización horizontal de los ciudadanos, desde la participación permanente hasta una inclusión social progresiva y acelerada. Hay gente que se empeña en hacer política con los mismos instrumentos y las mismas declaraciones falsas.

La ausencia de desafíos emocionantes

El país venezolano ha dejado atrás los grandes proyectos ahora mirados con una sonrisa picaresca que expresa aturdimiento, desolación y hasta burla por haberlos concebido.

La respuesta es el pragmatismo, uno que no puede ser leído como negación de lo utópico, más bien como el desatar de una imaginación sin carriles, entubamiento o corsés de ortodoxia. El pragmatismo con ideas que reclamo como motor alternativo al movimiento venezolano lo concibo como un desafío novedoso al hombre como sujeto y actor de la cultura, como aquel –como tantas veces se ha dicho- que se empeña en dejar huella.

En la política conseguimos el factor clave de la incertidumbre. La política se agotó y con ella la forma claramente preferida, esto es, la democracia, dejando el vacío presente. El poder se ha hecho vacío, es decir, inútil, arrastrando consigo a las luchas por obtenerlo, como es lógico en todo proceso de degradación. Ya no miramos a las formas políticas de organización social como paradigma emergente que siembre la posibilidad de un objetivo a alcanzar. Parece carecer del envoltorio de las ideas convirtiéndose en praxis realizada. Hemos vivido de espasmos o de convulsiones sin conseguir un nuevo envoltorio protector. Hay una ausencia de desafíos emocionantes. El venezolano vive las consecuencias atormentadoras de la falta.

Quizás como nunca hemos dejado atrás el pasado sin que exista un presente atrayente. La ausencia de verdades proclama como necesaria la reinvención del venezolano, de uno que se debate entre una mirada resignada y un temor hasta ahora intraducible a acción creadora.

El peligro inminente es este poder totalitario que se aprovecha de la incertidumbre. El peligro inminente es la pérdida de la voluntad de un venezolano que preferiría dejarse dirigir antes que desafiar de nuevo al pensamiento

El deterioro de lo social-político refuerza pues al venezolano en la incertidumbre. El depositario mismo y real del poder se ha hecho indefinible. El temor por el futuro colectivo se convierte –otra paradoja- en una angustia personalizada de autoescondite. Ante la falta de protección suplicamos por una, encerrados en envoltorios de fragilidad pasmosa. El hampa desatada –también un fenómeno global, aunque en algunas partes cohedora del necesario temor para el desarrollo de una revolución- incrementa de manera notable la inseguridad general que hemos llamado incertidumbre. Asistimos, entonces y como parte de la ruleta, con factores que siembran incertidumbre en procura de una legitimación falsa. Las acciones colectivas se tornan cada día más difíciles y que sólo vemos ante trastoques políticos puntuales, ante amenazas puntuales, y que de origen están condenadas a apagarse, como hemos sido testigos en los meses recientes.

Seguimos viviendo sembrados en la trayectoria de lo pasado, una que conduce a ninguna parte. Hasta la forma de pensar sigue siendo la misma, en una especie de parálisis cerebral que nos impide comprender que debemos generar nuevos paradigmas que puedan producir una transformación de la realidad inmediata.

El hombre se queda sin los amarres del pasado y sin una definición del porvenir. Es una auténtica contracción del futuro indefinido. Ante la intemperie el venezolano está tendiendo a sumirse en la simplicidad. Es necesario producir un desgajamiento de los viejos paradigmas, o para decirlo en otras palabras, se hace indispensable el brote de una nueva cultura, pues han terminado las formas políticas democráticas ancladas en los viejos paradigmas.

Las sacudidas se suceden unas tras otras. Las anteriores convicciones lucen desgastadas, perdida toda su capacidad explicativa y de protección. La expresión sobre el deterioro de las instituciones se ha hecho lugar común, pero las que muestran debilidad extrema son las políticas, incluidas las llamadas intermedias que cumplían el rol de puente entre el poder y la comunidad. De manera que las viejas formas jurídicas se han deshilachado y los intermediarios han perdido toda capacidad de dar excitabilidad y coherencia, así como han perdido los viejos instrumentos de coercibilidad, lo que ha llevado a los medios a procurar alzarse como los nuevos controladores.

Las llamadas instituciones muestran una incapacidad manifiesta para transformarse, más aún, no es transformación lo que requieren. Frente a un nuevo paradigma cultural, aún en pañales, su rompimiento con la realidad es visible, pues pertenecen a paradigmas superados, parten de la base de una inmovilidad que les es consubstancial. El hombre regido por la institución desaparece, se ha aislado de ella.

Al futuro no se le pueden dar formas inmóviles. Al futuro se le da forma ejerciendo el pensamiento bajo la convicción de una voluntad instituyente en permanente movimiento. Es mediante el pensamiento que se puede afrontar el laberinto propio del siglo XXI, pues la mezcla de elementos previsibles e imprevisibles, fortuitos, causales o indeterminados, replantea con toda su fuerza el cabalgar fuera de dogmatismos.

La ruptura de las viejas complicidades

Ante el cierre de los canales de la democracia del siglo XX, y equivalente a la era industrial, surgen por doquier nuevas formas de organización que practican una democracia deliberativa. La creación de una nueva democracia para la era postindustrial o para el mundo global, implicará, implica ya, un traslado de los asuntos sociales hacia las asociaciones democráticas que emergen. El ciudadano, es decir, el habitante del espacio geográfico que ha abandonado el desinterés por los asuntos públicos, está retado a un acercamiento con el otro, a la construcción de una red de comunicación que deberá extenderse a una red de redes donde los elementos de interés común permitan la creación de un nuevo tejido democrático.

Nacerá así, lo que bien podemos llamar con propiedad y exactitud, la voz de los ciudadanos que creará el nuevo lenguaje, uno por encima de los viejos paradigmas en que se mueven los actores tradicionales. Ello conlleva, necesariamente, a un aumento de la intervención colectiva en un debate público del cual se alejó y al cual las evidentes fallas lo han hecho regresar, esta vez para quedarse. Sólo que los cauces tradicionales para esa expresión están obturados y así debe recurrirse a otros medios.

Los escépticos arguyen que no hay respuesta colectiva y que la multiplicidad de criterios produce, en cambio, la inmovilidad y la falta de toma de decisiones o, al menos, la pérdida de su eficacia. Los realistas arguyen que las decisiones nunca resultan neutras, que nada se logra si el colectivo no participa y, finalmente, ponen sobre la mesa el argumento de la autonomía moral; esto es, resulta inaceptable que otros tomen las decisiones que afectan nuestras vidas. Por lo demás, se gana eficacia con el conjunto decidiendo, sólo ejerciendo los derechos se aprende a enfrentar la complejidad de los problemas y la única forma de evitar que otros decidan por nosotros es inmiscuyéndonos. Si participamos en la toma de la decisión se reduce al mínimo cualquier expresión de resistencia social al propósito que se busca.

Hay que afincarse en un proyecto de transformación social mediante la creación de formas de sociabilidad inconformistas, la reinención de la ciudadanía y la maximización de la participación política. En cualquier caso, lo que se exige es una “repolitización global de la práctica social”, esto es, superar la mera participación electoral, lo que significa “identificar relaciones de poder e imaginar formas prácticas de transformarlas en relaciones de autoridad compartida”.

De allí la imperiosa necesidad de construir espacios que deliberan e influyen o determinan las decisiones políticas. Esto es, hay que levantar sujetos políticos abiertos a la diversidad y a la tolerancia, con suficiente poder adquirido y derivado de la práctica de lo deliberativo. He dicho que la democracia es siempre una posibilidad en camino donde no se congela un ordenamiento institucional y donde el Derecho no es un simple instrumento de mineralización del pasado. La política, vista así, no es más que una práctica continua, una transformación incesante marcada por la toma de decisiones de los nuevos actores ciudadanos.

Hay una hegemonía que, obviando en este instante viejos factores ideológicos, podemos referir a los partidos políticos, como monopolizadores de las prácticas de la democracia representativa. Las prácticas articuladoras de los diversos sectores sociales emergentes que deliberan se producirá tarde o temprano para hacer saber que terminó al fin un predominio abusivo. Siempre aparecerá el elemento identificatorio del todo, el que produzca el sentido común. La incompletitud de cada sector emergente encontrará la articulación, una que puede ser circunstancial para el ejercicio de un movimiento de poder, una que puede ser de mediano alcance para propósitos de lento perseguir o, inclusive, el nacimiento de bases permanentes sobre la cual continuar manteniendo la diversidad. Para lograrlo se requiere de la conformación de nuevas demandas subjetivas que confluyan mediante un sistema de equivalencias democráticas. No se trata de alianzas sino de un proceso de modificación de la identidad de las fuerzas actuantes. Esto requiere que ninguna lucha se libere en términos que afecten negativamente a los intereses directos de otras fuerzas posibles a la articulación y que subsista la confrontación de diversas posiciones.

Cierto es que frente al nuevo mundo que aparece ante nuestros ojos estudiar la democracia y procurar innovar en ella se ha tornado en una tarea esencial. Ciertamente la asociación entre los factores emergentes criticará los conocimientos y los prejuicios, se dará cuenta de la insostenibilidad de los viejos paradigmas y la claridad saliente lo impulsará al ejercicio de la toma de decisiones. Una de las características será de inmediato la puesta bajo sospecha de la soberbia de los “expertos”, llamados también dirigentes partidistas. El ciudadano no será, pues, un ser aislado en lo político, pues tendrá muchas interlocuciones de las cuales ocuparse. La asociación implicará que cada quien se haga representante de sí mismo. El ciudadano pasivo que vemos en la democracia del siglo XX llegará, por fuerza, a su extinción. Lo político regresa. La política cesará como privilegio. Las viejas complicidades se están rompiendo. Los viejos cimientos se están hundiendo.

El espejismo de los dátiles amargos

No estamos en tiempos normales. Esta que viene no es una elección normal. No podemos comportarnos como si este fuese un paseo democrático. He advertido que cuando se va a elecciones bajo estas condiciones hay que tener elementos de juicio muy distintos.

En una elección normal se asegura a los electores que se va a ganar, que la victoria depende exclusivamente del mensaje y del trabajo de campo a realizar. Cuando se va bajo un régimen opresor lo mejor es advertirle claramente a los electores lo que se busca o, al menos, asomar la estrategia de fondo. En estos casos o se procura forzar al régimen a un fraude o se cuenta con fuerzas lo suficientemente poderosas para hacer respetar los resultados o se persigue lanzar al régimen hacia una radicalización que lo aleje definitivamente de sus apariencias democráticas.

Los antecedentes son los peores: deshilacharon la fuerza opositora en “marchas” sin sentido, reducidas a la entrega de cartitas respetuosas y solicitantes ante los órganos del poder confiscado. Se hicieron los extraterrestres con la Ley Orgánica de Procesos Electorales permitiendo la modificación de circuitos a capricho. Miraron hacia otro lado cuando dos connotadas militantes del PSUV fueron encumbradas a rectoras del organismo comicial. Aceptaron al CNE en la organización de sus primarias y mientras proferían críticas a las Fuerzas Armadas estas desarrollaban un pequeño Plan República para proteger sus actos de votación. Se negaron a abandonar un lenguaje complaciente y evasivo frente al régimen, limitándose a declaraciones formales y a la protesta inocua. No, los antecedentes no son buenos.

La realidad del 25 de abril fue numéricamente aceptable, dado el bajo número de circuitos donde se permitieron primarias, pero el gran interés se centró en el gran circuito donde se agrupan las clases medias y alta de la gran Caracas y en un circuito de Valencia donde un señor Cocchiola, duramente golpeado en las anteriores elecciones regionales, demostró su fuerza. Hay que admitir la baja votación en los sectores populares. La realidad del 25 de abril es que los dos focos donde se centró la atención estaba protagonizada por candidatos sin partido, lo que de por sí constituyó una advertencia. El 25 de abril se creó un espejismo, una falsa visión de un país volteado a respaldar el pequeño y estrecho intersticio que la llamada Mesa de la Unidad abrió a la participación. Lo que vimos fue un gran número de ciudadanos dejando claro que quiere decidir, que quiere participar, que quiere tomar las riendas de su destino, y ello es lo más importante. Observé que deberíamos dejar de ser una sociedad de resignados y avanzar hacia una sociedad de ciudadanos.

Las condiciones que en este comienzo de mayo vemos no serán las que estén vigentes para la fecha electoral de septiembre. Ahora vendrá la gran acometida, consistente en ventajismo, en gasto masivo de los dineros públicos, en el ejercicio impúdico de todas las presiones y de todos los abusos. Mientras, veremos los efectos de los errores cometidos en el gran encierro de la “oposición” formal, con

sus listas que superan grandemente el episódico hecho de los dos circuitos que he mencionado como creadores del espejismo lleno de dátiles y de abundante agua del 25 de abril.

Nos lograron meter en el callejón único, el que conduce a septiembre. Aquí nos colocaron sin tomar ninguna medida de salvaguarda, de protección. Para ello sacrificaron todo lo sacrificable, usaron anteojos de suela ante la intensa actividad parlamentaria de la Asamblea Nacional sumisa y se esmeraron en reducir al país a la inacción. Estamos ahora en el callejón, en uno tan estrecho que no veo factible moverse como para cambiar su anchura o para estirar un poco las paredes.

En estos casos se debe jugar con la verdad. El argumento de una Asamblea Nacional plural se hace agua entre los dedos. Es obvio que en una democracia en el parlamento están todos los que obtuvieron votos suficientes para llegar allí. Hay que recordar que el país impuso la abstención en las pasadas legislativas, hecho considerado por algunos un error, cuando, en mi opinión, el error consistió en participar en las presidenciales subsiguientes. Había que dejarlo solo, ir a esa confrontación luego de haber abandonado el hemiciclo carecía absolutamente de sentido, pero pulularon los aspirantes convirtiendo el anterior paso en un error del país, porque los errores que los cuadros partidistas tradicionales cometen deben ser olvidados, según su óptica, pero las líneas trazadas cuando la sociedad asume su decisión son calificadas de inmediato como trágicas, dado que fueron asumidas contra la voluntad de las partidocracias.

De manera que la pluralidad parlamentaria es tan obvia que se convierte también en dátil en el espejismo. La verdad no es “vamos a ganar”, la verdad es “vamos a elecciones como una manera de aprovechar un resquicio y todos deben estar contestes de las pésimas condiciones en que vamos”. No soy pronosticador electoral, pero todo apunta a la reproducción de una Asamblea Nacional muy parecida a la que vivimos años atrás y donde había una buena suma de opositores al régimen. Basta recordar lo sucedido allí, con oradores parlamentarios de excepción como el caso de Juan José Caldera que terminó ordenando la renuncia de los parlamentarios de Convergencia incluyendo la suya propia. Quizás, sólo quizás, se pueda lograr, en el caso de un éxito grandilocuente, la ruptura de la mayoría calificada.

Entiendo perfectamente que se puede utilizar contra mí el calificativo de aguafiestas, pero parto de lo políticamente correcto que en este caso es decir lo que consideramos la verdad. Lo políticamente correcto no se ve por ningún lado en el que se supone es nuestro lado. No voy a introducirme en los entretelones de los arreglos internos de la llama Mesa de la Unidad Democrática, pues sus resultados están a la vista: reparto partidista con pequeño trozo de carne a la voluntad ciudadana. Me voy a referir a las declaraciones de esos dirigentes después de haber anunciado el arreglo y de haber anunciado los resultados de las primarias. Se han centrado en no volver atrás, en no corregir, en no enmendar. Hay un caso específico en el estado Miranda que va a tener consecuencias nefastas. Hay una exigencia ciudadana sobre quien llegó de segundo en el famoso circuito de las clases medias y alta y los oídos sordos manifiestan que ni con aparatos auditivos son capaces de oír.

Estamos en el callejón descrito y los dátiles delante llaman a ser mordidos, aunque son un espejismo. El día 27 de septiembre suponemos un despertar de esta embrionaria sociedad de ciudadanos. Los tiempos políticos que nos esperan serán de grandes sacudidas, inclusive en el plano de movilización de grandes sectores hacia otras posiciones. El tiempo cobra. Las realidades pasan facturas. Lo políticamente correcto es escribir este texto y ponérselo frente a los ojos a mis conciudadanos.

El desafío de la tercera opción

Los resultados de las primarias efectuadas por los dos extremos de este dañino fenómeno llamado polarización han mostrado el deterioro del gobierno, por una parte, y la incapacidad de superar, por la otra, las viejas prácticas de acuerdos propios de las alianzas de partido. La convocatoria del gobierno mostró una reducción notable de porcentajes de participantes, mientras la segunda implicó apenas una pequeña concesión a los ciudadanos que, por cierto, se lanzaron hambrientos a mostrar sus inmensos deseos de participación.

El PSUV se mostró en toda su realidad, esto es, un partido formado desde el gobierno para el sostenimiento de un régimen. Esto es historia repetida en este país, donde hemos visto a lo largo de los tiempos como los gobernantes de turno proceden a organizar sus cuadros militantes y como, cuando el gobierno que los ha creado desaparece, el partido que es su hijo va espirando algunas veces con lentitud, otras con una prontitud sorprendente. La MUD, a lo largo de toda la conformación de sus acuerdos, dejó a la vista de todos los viejos procedimientos que los partidos tradicionales han puesto en práctica a lo largo de su historia. Se nos ha remarcado la dificultad de poner de acuerdo a tanta gente, cuando en verdad se trataba de acordar a tantas siglas. Y se nos ha puesto el tema “dificultad” para presentarnos como un hecho memorable lo obtenido. En verdad lo destacable es como la población ávida, aún limitada a las clases medias y alta, se lanzó a aprovechar el menudo intersticio que se le otorgó para complacer aquello de la participación.

Ambos polos mostraron todas sus debilidades y todas sus posibilidades. El cuadro electoral de septiembre quedó remarcado por el futuro inmediato, esto es, el uso abusivo, en todas sus formas, del poder para obtener unos resultados favorables. Todos los antecedentes y todas las condiciones previas que se establecieron para septiembre alcanzarán ahora su mayor grado de perversidad. Veremos los resultados que no son tan difíciles de prever como si de una quiniela se tratase.

La visión de estos dos procesos electorales internos, a mi entender, pone sobre el tapete en toda su magnitud la posibilidad real de construcción de una tercera opción que escapa a los resultados de septiembre. Es obvio que esos resultados tendrán una importancia grande, pero la simple obtención por parte de la MUD y del PPT de un número estimable de diputados podría bastar para considerar un sustento suficiente para el gobierno que eventualmente sustituiría al presente. Lo que quiero decir es que para la concepción eventual de la tercera opción esos resultados no son vitales, pero implican una necesidad de un mínimo, al menos, de obtención de curules. Pero más allá, lo que creo, de lo que estoy convencido, es que esos resultados harán estallar la burbuja de la decepción y del convencimiento de que se ha seguido un camino engañoso, por lo que será el momento oportuno de presentarle al país una tercera opción que rompa la polarización entre dos minorías.

Hay que hacer algunas observaciones pertinentes sobre los brotes que hemos visto últimamente. Durante la celebración del proceso del PSUV vimos al gobernador

Henri Falcón en actitud celebratoria de los magros resultados obtenidos por el oficialismo en su estado, pero limitado a la alcaldesa de Barquisimeto, pequeña pelea en la que parece encerrarse dado que la dama en cuestión es algo así como la comisionada para enfrentarlo. Hay que agregar el encierro de Falcón en el estado Lara. Podría argumentarse que el PPT y su nuevo aliado esperan los resultados de septiembre para salir al desarrollo de su estrategia, lo que puede ser cierto, pero hay otro elemento que desfigura a Falcón como la posibilidad de ser la tercera opción. Es su planteamiento constante de permanecer en el “socialismo”. Podemos admitir que su tono se aproxima más a la socialdemocracia, pero el asunto no radica allí. Radica en que la tercera opción no puede tener un manto ideológico, que necesariamente tiene que partir del centro para agrupar a su alrededor tanto a la centroizquierda como a la centroderecha. Para decirlo más precisamente, la tercera opción, si quiere tener posibilidades de éxito, debe estar desideologizada. El llamado grupo “De frente con Venezuela” se plantea la conformación de una tercera opción, pero lo hace desde un lenguaje abiertamente de izquierda, incluso un tanto del pasado, y allí se conforma como una alternativa de la vieja izquierda y no como la posibilidad de un gran frente que parta del centro.

Es obvio que lo que señalo no los inhabilita en absoluto para formar parte de la tercera opción, lo que los inhabilita es para encabezarla, pues una simple alternativa de izquierda con planteamiento ideológico no tendría la menor oportunidad de insurgir con éxito. Como también es bastante probable que algunos sectores de la oposición tradicional puedan venir ante un avance arrollador del nuevo formato. Como será necesario que la disidencia del oficialismo, léase PPT y personalidades sin compromisos, puedan venir, independientemente de lo que el PPT pueda corroer al oficialismo en votos y en diputados durante la contienda de septiembre. El encuentro tiene que ser en el centro sobre dos pragmatismos: derrotar al gobierno y hacer un gobierno de excepción para lo cual se ha producido un acuerdo previo.

La capacidad unitaria está en el centro. Y el planteamiento central debe ser el de una profunda reforma política, la de la construcción de una democracia de estos tiempos. De allí, derivar la oferta en materia económica y, obviamente, lo que podríamos denominar con propiedad “Plan de gobierno”, lo que se traduce como soluciones concretas y específicas a los grandes problemas que atraviesa la nación. En tal sentido, para conformidad de los sectores de centroizquierda, y creo que de todos, debe anunciarse que se salvará lo que haya de salvable en el gobierno saliente, fundamentalmente sus preocupaciones sociales. Todo dentro del respeto a la Constitución y a las leyes, todo dentro del Estado de Derecho, pero uno que deberá hacerse social, con todas las implicaciones de justicia que porta.

Lo que se exige es una mirada por encima de la miseria política en que hemos estado sumidos. Un planteamiento pragmático para enfrentar la situación de deterioro lamentable en que nos encontraremos, pero uno cargado de ideas de transformación y de construcción del futuro. La tercera opción debe tener una amplia provisión de ideas que permita delinear una salida real, eficiente y eficaz.

Es obvio que debemos tener delante los resultados del 26 de septiembre para tener con perfecta claridad el análisis de los elementos. Por ejemplo: en cuánto la disidencia oficialista logró erosionar al oficialismo o cuáles fueron los resultados finales de la alianza de partidos tradicionales. No sin observar, que esos resultados son apenas motivo de mirada sin que se constituyan en elemento fundamental para la construcción de la tercera opción, sin negar la importancia de que la MUD y el PPT logren lo que podremos denominar una aceptable votación retribuida en un aceptable número de asambleístas, pues ello puede constituir una base parlamentaria para la conformación de gobierno, si es que ello es el caso y arribamos al 2012.

Ahora bien, la experiencia de todos los países donde ha aparecido una tercera opción indica la necesidad de un líder insurgente que desafía. Ese desafío generalmente comienza con un bajo porcentaje y de su consistencia depende un crecimiento instantáneo y veloz, como lo demuestra el caso de Antanas Mockus en Colombia, en realidad una alianza de los cuatro mejores alcaldes que ha tenido ese país y que fueron capaces de transformar radicalmente las ciudades que gobernaron, a lo que hay que agregar un cansancio total de la polarización. Es menester el líder desafiante del status quo, uno del que forma parte el gobierno, pero también la oposición tradicional.

¿Dónde está ese líder? Nick Clegg pasó en tres semanas de absoluto desconocido a personaje central de la vida política. No somos británicos, es cierto, pero lo que considero es que puede ser un personaje hasta ahora no predilecto en la cobertura de los medios. Ciertamente, después del 26 de septiembre estará todo listo para el desafío de la tercera opción. Estará listo el escenario para quien encarne colectivamente un nuevo liderazgo.

